



**Universidad de Granada**

**MÁSTER ESTUDIOS EN ASIA ORIENTAL**

***EL SOFT POWER CHINO  
Y SUS IMPLICACIONES EN ÁFRICA***

Autor

**LAURA FERNÁNDEZ ARGOTA**

Tutor

**ANTONIO ORTEGA SANTOS**



### **Declaración de autoría y originalidad del trabajo**

Yo, Laura Fernández Argota, con documento de identificación y estudiante del Máster Oficial de estudios de Asia Oriental de la Universidad de Granada, en relación con el Trabajo de Fin de Máster presentado para su evaluación en el curso 2016/2017, declaro que asumo la originalidad de dicho trabajo, en el sentido que de no he utilizado fuentes sin citarlas debidamente.

# Índice

<b>1. Introducción</b>	<b>5</b>
1.1. Justificación de la temática	5
1.1. Objetivos	6
<b>2. Metodología y fuentes</b>	<b>6</b>
<b>3. Características y peculiaridades del soft power chino</b>	<b>10</b>
3.1. Consenso de Pekín	13
3.2. Diáspora china	14
<b>4. Análisis de las relaciones geopolíticas sino africanas</b>	<b>15</b>
4.1. Breve recapitulación de avances históricos desde el maoísmo	15
4.2. Características del soft power chino en África	17
4.2.1. Medios de comunicación en África	18
4.2.2. Actividades económicas y ayudas	20
4.3. Teoría de la importancia de la recepción del soft power	25
4.4. Recepción del soft power chino en África	26
4.4.1. Puntos fuertes y debilidades del soft power chino en África	28
4.4.2. La división ‘élite vs. civil’ y su estudio en casos específicos	33
<b>5. Conclusiones</b>	<b>36</b>
<b>6. Bibliografía</b>	<b>41</b>

## 1. Introducción

### 1.1. Justificación de la temática

El concepto de poder blando, o, como es más conocido, *soft power*, fue acuñado por el académico Joseph Nye en su libro ‘*Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*’, publicado en el año 1990. Este concepto revolucionó el estudio de las relaciones internacionales, que hasta entonces había sido incapaz de reconocer la verdadera importancia de las medidas no coercitivas de poder y las posibilidades que entrañaba una planificación estratégica de las mismas.

La formulación de este concepto no solo cambió, por tanto, la descripción de las relaciones geopolíticas y sus flujos de poder, sino que llegó a dar forma a un impulso que, aunque antiguo, no había sido del todo consciente o coordinado; en definitiva, dio pie a un cambio en las maneras de hacer política. Tan extendido está su uso, y tan explícita es la importancia que se le da a estas estrategias, que los mismos políticos la incorporan a su discurso: en el año 2014, el mismo Xi Jinping anunció que para ellos era una prioridad “aumentar el *soft power* de China, ofrecer una buena narrativa china, y comunicar mejor los mensajes chinos al mundo” (Shambaugh).

Desde entonces, el término se ha convertido en un elemento omnipresente en el análisis académico de las relaciones internacionales, y se han llevado a cabo incontables estudios que reforman una y mil veces esta teoría. Ha de tenerse en cuenta, sin embargo, que el concepto nació de la observación de la potencia estadounidense, y se formó conforme a las estrategias, objetivos y eficacias americanas. Es por eso que se ajusta mucho mejor al modelo de las potencias occidentales de lo que lo hace a otros tipos de modelos de relaciones internacionales no coercitivas, y que su reforma es necesaria ya no tan solo por motivos de avance cronológico, sino por amplitud geográfica y por desafiar las tendencias normalizadoras que rechazan la posibilidad de un modelo que no se adecue a los estándares occidentales. Por motivos que explicaré en detalle más adelante, la reestructuración del concepto ha sido especialmente necesaria en el caso de China.

A riesgo de generar un Trabajo de Fin de Máster excesivamente general, sobre un tema amplia y repetidamente expuesto en el mundo académico, decidí aplicar esta teoría a la realidad de sus relaciones geopolíticas con África, un tema de creciente popularidad,

pero no suficientemente investigado aún, en el que la bibliografía disponible en español es especialmente escasa.

### **1.1. Objetivos**

Con esa última realidad en mente, pretendo a través de este Trabajo de Fin de Máster construir el inicio de un proyecto de investigación futuro que sienta las bases del estado de la cuestión con una amplia revisión bibliográfica al respecto de la investigación de las relaciones sino-africanas y el papel que en ellas juega el *soft power* chino, así como una propuesta de interpretación que ofrezca dudas y preguntas con las que guiar la futura investigación. Por ello, este proyecto se asienta en mirar de forma intuitiva y crítica el concepto de *soft power* como marco conceptual que ha sido manejado y manipulado bajo interés de tanto la geopolítica global de China como la de Occidente.

Por otra parte, soy consciente de que el eurocentrismo académico repercute en una densidad muy baja de estudios sobre cuestiones asiáticas o africanas a nivel internacional, y los españoles no somos excepción. Sin embargo, esta baja densidad se agrava con el bajo nivel de manejo de idiomas por nuestra parte en combinación con el uso del inglés como lengua internacional para la investigación académica, que es utilizada incluso por muchos académicos hispanohablantes con la esperanza de encontrar un público más extendido y aspirar al reconocimiento internacional. Así, pretendo contribuir a la construcción de una bibliografía más completa de la investigación de la cuestión sino-africana en mi idioma, y aspiro a facilitar futuras investigaciones sobre el tema a académicos o interesados españoles o latinos.

Por último, coincidiendo con la elección de Cooper Ramo, el objetivo de este Trabajo no es el de juzgar si el avance geopolítico chino y su uso del *soft power* resulta positivo o negativo, sino, por el contrario, establecer la subjetividad de juicios como estos y tratar de mantenerme en una posición medianamente objetiva, como mera observadora de un curioso debate entre las fuerzas occidentales y su voluntad de mantener el *status quo*, y de aquellas fuerzas nacientes que consideran imprescindible amenazarlo.

### **2. Metodología y fuentes**

Con estos objetivos en mente, me he decantado por una metodología cualitativa de revisión de bibliografía, es decir, una monografía de investigación con perfil

historiográfico. He seguido, en términos generales, una metodología típica de la elaboración de monografías de investigación, con una revisión de abundantes fuentes bibliográficas precedente a la reorganización de contenidos destacados, una simultánea organización esquemática del planteamiento del estado de la cuestión y una redacción del contenido, con numerosas revisiones. A estos procesos le sigue la elaboración de conclusiones personales a partir de las anotaciones hechas a lo largo de los procesos anteriores y la elaboración de preguntas críticas dirigidas a una investigación futura como una suerte de avance para casos de estudio en África con intención de comprobar la potencia y validez del concepto de *soft power*. Durante la etapa de redacción he tratado de exponer de forma objetiva los distintos puntos de vista, reservando las consideraciones personales para las conclusiones, que es una característica esencial de las monografías. También es necesario señalar que, precisamente con el objetivo en mente de facilitar la investigación a futuros académicos hispanohablantes, he traducido exhaustivamente todas las citas textuales al español, tratando de ser lo más literal posible para salvaguardar la integridad de las citas, pero adaptando el texto para la debida comprensión en nuestro idioma.

Las fuentes utilizadas han sido diversas, todas ellas escritas en inglés, aunque no por ello necesariamente de sesgo occidental, ya que una parte notable de esos autores son africanos o asiáticos. Todas las fuentes son recientes, siendo las más antiguas el estudio de Taylor, que data de 1998, pero cuya función en este Trabajo de Fin de Máster es precisamente la descripción de las relaciones sino-africanas en esa década, o las citas referentes a la teoría original de *soft power* de Nye, que en su mayoría han sido extraídas de trabajos más recientes o de trabajos suyos que ya datan de la década de los 2000. En cuanto a los limitados datos cuantitativos incluidos en este Trabajo, he tratado de utilizar siempre fuentes publicadas en el último lustro, y he actualizado desde las fuentes originales aquellos datos citados en fuentes consultadas que se referían a publicaciones periódicas con resultados posteriores a la redacción de las consultadas.

Aunque hay una gran variedad de fuentes consultadas, destacan por su volumen, variedad temática y por lo reciente y actualizado de su publicación los libros *China's Media and Soft Power in Africa*, del año 2016, una recopilación de artículos académicos que se centran en el papel de los medios de comunicación en el *soft power* chino (uno de los elementos más cruciales del entendimiento de las percepciones de los sujetos del *soft power*) y *Charting the Roots of Anti-Chinese Populism in Africa*, del año 2015.

En cuanto a la estructura, he dividido mi Trabajo en dos bloques: en primer lugar, pretendo aplicar la teoría básica del *soft power*, tanto a través de las propias definiciones y clasificaciones de Nye como de otros estudiosos posteriores y sus distintas lecturas de las mismas, a la realidad de los instrumentos del *soft power* chino, ya sean estos planificados o espontáneos.

Una vez esclarecido el concepto del *soft power* chino y con intención de profundizar más en las aplicaciones prácticas y los efectos de estos instrumentos, he estudiado las relaciones internacionales sino-africanas. Comienzo con una breve recapitulación de la historia de las relaciones sino-africanas y de las filosofías que las sustentaban, con el fin de evitar lo que Large (46) denomina “negligencia por el contexto producida por la preocupación por el presente” y que también preocupa a Wasserman (200). A continuación, he descrito en mayor profundidad los dos elementos más notorios y característicos del *soft power* chino en África, a saber: el uso de los medios de comunicación y de herramientas económicas.

Debido a la sumamente extensa y confusa información encontrada sobre determinados aspectos de esta cuestión a describir, en ocasiones he necesitado de métodos de simplificación del contenido. Por ejemplo, con el objetivo de esclarecer en la medida de lo posible el panorama de las actividades económicas que sí pudieran ser consideradas medios de *soft power* según diversas opiniones, que constituye el apartado 5.2.2 de este Trabajo, me he decantado por un método heurístico de simplificación basado en la respuesta general de cinco preguntas clave: quién, qué, dónde, por qué y cómo; aunque he evitado el uso de subapartados que especificaran esta división en aras de la fluidez del texto.

Teniendo en cuenta las denuncias de Rawnsley (29), que observa que “los enfoques actuales de estudio del *soft power* se centran mayoritariamente en el agente y los instrumentos que utiliza, y no consiguen prestar la suficiente atención al poder del sujeto, que vive dentro de un contexto político, social y cultural concreto”, me he decantado por un enfoque bilateral, que muestre tanto una descripción de los instrumentos clave del *soft power* chino, como un apartado dedicado a la recepción de estos instrumentos. Esta constituye la segunda parte del segundo bloque.

En este, primero reviso las metodologías más comunes en el estudio de la recepción del *soft power* chino, incluyendo algunos resultados cuantitativos procedentes de encuestas

a la población que resultan de gran utilidad para ilustrar los apartados siguientes, aunque no sirven de base para su elaboración.

Más tarde, examino los puntos fuertes y los puntos débiles del atractivo chino en la mentalidad africana y la de los académicos que estudian estas relaciones, con la hipótesis de que el discurso dicotómico que observamos en las investigaciones académicas y en los medios de comunicación se ve asimismo reflejado en la efectividad del mismo. Esta revisión es puramente cualitativa y recoge todos los elementos sin tener en cuenta las proporciones ni los resultados de encuestas transnacionales de opinión africana sobre la actividad económica china en su continente. Esto se debe a las limitaciones geográficas de estas encuestas: son en la mayoría de las ocasiones nacionales, y, en caso de ser transnacionales, recogen un número limitado de países, mientras que esta revisión pretende ser de descripción general, aplicable en mayor o menor medida a todo el continente.

Mientras que la tendencia en las investigaciones de las relaciones sino-africanas es la de agrupar la totalidad de opiniones africanas bajo un mismo manto, con el objetivo de presentar una visión general homogeneizada, numerosos autores, como es el caso de Hess y Aidoo o de Madrid-Morales, critican ese manto generalizado africano que trata la opinión de todo el continente como una sola. Teniendo en cuenta estas opiniones, aunque sin poder evitar del todo la generalización por ser un estudio de amplitud que abarca la estrategia china en todo el continente, he dedicado el último apartado a la descripción de ciertas situaciones que se repiten en varios países africanos concretos, aportando datos específicos de cada uno. No trato, por cuestiones de longitud, describir la historia ni el contexto de las relaciones internacionales entre China y el país en cuestión (aun siendo consciente de que son absolutamente cruciales para el completo entendimiento de cada situación específica), sino tan solo ejemplificar con datos concretos tendencias lo suficientemente amplias como para ser mencionadas, pero no que no afectan a todo el continente por igual.

### 3. Características y peculiaridades del soft power chino

El concepto de *soft power* es un elemento relativamente nuevo en la planificación estratégica de la política exterior china. El momento en que el gobierno chino se percata de la importancia de este y se decide a prestarle la atención que merece es también motivo de discusión. Algunos académicos atribuyen esta toma de conciencia a la década de los 90 (otorgándole una gran importancia al suceso anecdótico en que Jiang Zemin trae a colación en una reunión del Partido la película *Titanic*, siendo consciente de su valor como herramienta para la comprensión de los impulsos y motivaciones capitalistas, entendibles incluso por un público socialista como el chino), mientras que otros la sitúan en el gobierno de Hu Jintao, es decir, ya en el nuevo milenio.

Entre los primeros encontramos a Liu Debin (Young Nam Cho y Jong Ho Jeong 456), que señala la publicación de dos artículos específicos escritos por profesores de las universidades de Shanghái y Nankai en 1993, 1997 y 1999 en las que se menciona este concepto de manera específica. A pesar de estos escritos académicos, no trasciende al discurso político hasta el 2003 y 2004, en los que, bajo el mandato de Hu Jintao, nacen la teoría del ‘ascenso pacífico’ y el ‘Consenso de Pekín’, respectivamente (Young Nam Cho y Jong Ho Jeong 459), filosofías que acaban estableciéndose como la piedra angular de las políticas internacionales chinas.

Es evidente que la concienciación de la necesidad de mejorar el *soft power* del país solo puede incluir la forma específica de este concepto según la definición de Nye una vez este la define, mientras que el interés por establecer relaciones internacionales basadas en un sentimiento de fraternidad discutiblemente artificial, específicamente hablando de estas con África, comienza con la política de ‘paz y desarrollo’ de Deng Xiaoping, o incluso en el 1974, con la teoría de ‘los tres mundos’ de Mao. Alan Hunter (6) argumenta, incluso, que puede encontrarse una versión de la filosofía base del *soft power* en la historia militar china de los últimos 2 100 años, con la aplicación práctica de las enseñanzas de *El Arte de la Guerra* de Sun Tzu, escrita en el siglo IV a.C.<sup>1</sup>

No pretendo en este Trabajo de Fin de Máster centrarme en discernir si estas filosofías de política internacional cumplen con los requisitos para ser considerados bajo la bandera del *soft power*. Sin embargo, conviene tener en cuenta que ha habido

---

<sup>1</sup> Es irónico notar que estas “estrategias de *soft power*” forman parte de la cultura milenaria china, que precisamente se usa como atractivo cultural como herramienta de *soft power*.

intenciones similares en contextos anteriores al que voy a tratar en este Trabajo, en el que en aras de la brevedad quiero centrarme en las características de la estrategia de *soft power* actual.

En el mundo académico se reconoce de manera general que el concepto clásico de *soft power* según lo definió Nye no es aplicable a la realidad de China. Las reflexiones acerca de la categorización exacta de esta estrategia de atracción china se complican al no ponerse los académicos de acuerdo en qué elementos corresponden al *soft power*, y cuáles a un desarrollo común de la política exterior. Esto se debe a su peculiar manera de usar elementos considerados tradicionalmente por las fuerzas occidentales como *hard power*, sobre todo los medios económicos, para consolidar una imagen internacional determinada y fortalecer sus relaciones internacionales. Kurlantzick (ctd. en Rawnsley 20; Hunter 5) es partidario de una definición inclusiva del *soft power* chino en particular, afirmando que para ellos significa “todo aquello fuera del ámbito militar o de la seguridad” incluyendo “palancas coercitivas económicas o diplomáticas como ayudas e inversión”.

Algunos autores hablan de una aplicación más exacta del término *smart power*, que Nye (2009) define como la combinación del uso de *hard* y *soft power* (siendo el primero el uso de la coacción y el pago para afectar al comportamiento de otros gobiernos y conseguir que los acontecimientos se desarrollen de la forma deseada; y el segundo el de la atracción con el mismo fin) para paliar la idea equivocada de lo independiente de estas fuerzas, que critica como una de las conclusiones populares derivadas de sus trabajos anteriores. En su artículo *Get Smart: Combining Hard and Soft Power*, Nye (160) afirma que “los recursos económicos y militares pueden ser usados para atraer, así como para coaccionar. [...] Esto significa que muchos tipos de recursos pueden contribuir al *soft power*, no que el término pueda significar cualquier tipo de comportamiento”. Rawnsley (24) afirma que “los instrumentos de *hard power* pueden verse envueltos en actividades de *soft power* y los estados pueden usar el *soft power* para reforzar su capacidad de *hard power*; por ejemplo, para proyectar legitimidad y credibilidad sobre sus acciones, o porque su habilidad para usar *hard power* es débil”<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Un ejemplo claro sería el uso de temáticas bélicas contra ciertos países del Medio Oriente en las películas hollywoodienses, que se visionan por todo el mundo, contribuyendo a la justificación occidental de ciertas invasiones americanas mediante un discurso estadounidense adoctrinador en pequeñas dosis de índole cultural y de entretenimiento.

En el caso de China, el uso de *soft power*, o *smart power* si así lo prefieren, tiene una razón de ser más que evidente: su filosofía del ‘*peaceful rising*’, siendo su traducción aproximada ‘ascenso pacífico’, sobre la que se fundamenta una planificación cuidadosa de su popularidad, nace de una conciencia de su deficiencia militar al ser comparada con las de sus potenciales enemigos: por ejemplo, EE.UU. o Japón (Hunter 10; Kurlantzick 38). Otro concepto con el que se le relaciona es el ‘*charm offensive*’, la ofensiva del encanto. Estas políticas llegan con el objetivo múltiple de “ganar aliados que los respalden, desviar las críticas de sus políticas internas, hacerse con las materias primas necesarias y los mercados de exportación y evitar confrontaciones directas con los EE.UU.” (Hess y Aidoo 15).

Por otra parte, la combinación de elementos típicos del *soft power* y del *hard power* es el resultado del importantísimo papel que juega el ‘milagro económico chino’ en su imagen internacional, que se fundamenta sobre tres pilares básicos: la mencionada fama derivada de sus logros económicos, un riquísimo legado cultural, y el principio de soberanía que incluye en su política exterior. Young Nam Cho y Jong Ho Jeong (461) hacen una clasificación similar: el modelo chino de desarrollo (que corresponde al pilar económico), una política exterior centrada en el desarrollo pacífico (correspondiente al principio de soberanía) y la civilización china (su legado cultural).

La primera cobra una importancia mucho mayor al compararse con la crisis económica coincidente de los países occidentales (Jijun, 56), siendo por tanto más que uno de los pilares de su atractivo: además de erigirse como un modelo de desarrollo alternativo al neoliberalismo occidental, es también el pilar que legitima al resto, que convierte al Consenso de Pekín en una opción viable como contraposición al Consenso de Washington. Más tarde haré hincapié en la importancia de esta contraposición China-Occidente.

Sin duda, su legado cultural forma parte de las estrategias de *soft power* más tradicionales, entre las que destacan los Institutos Confucio por su popularidad, comparada con el relativamente escaso éxito que se le puede atribuir a otros como las industrias musicales y cinematográficas<sup>3</sup>. Estos son unas instituciones modeladas tras el

---

<sup>3</sup> Con esto no pretendo decir que no existan artistas o cinematógrafos ampliamente reconocidos en el ámbito internacional: la influencia de, por ejemplo, el cine de Bruce Lee es evidentemente notable. Sin embargo, no resultan un recurso fundamental del atractivo chino actual, en comparación ni con otros recursos de *soft power* del país, mucho más eficientes, ni con la importancia que tienen estas en el atractivo de otros países, como sería el caso de las industrias de Hollywood o Bollywood.

ejemplo de los Institutos Goethe o los Institutos Cervantes con el principal objetivo de fomentar el aprendizaje del idioma, pero que a menudo se encargan de organizar actividades relacionadas con la cultura milenaria china, dándolas a conocer y facilitando su disfrute a los ciudadanos de la nación huésped. Esta herramienta de *soft power* es ampliamente reconocida como tal (Young Nam Cho y Jong Ho Jeong 471), y numerosos países cuentan con una institución equivalente. En el año 2011 (Zhe Ren 2) ya se habían abierto 353 Institutos Confucio en 104 países diferentes, a un ritmo de 73 Institutos por año (uno cada cinco días) desde el 2004, año en que se abrió el primero, hasta el 2008 (1).

Por otra parte, China ha puesto especial interés en visibilizarse con eventos mediáticos globales como los Juegos Olímpicos de Pekín en el año 2008 o la Expo de Shanghái del 2010, a la que acudieron 70 millones de visitantes. Ha sido, además, consciente de la importancia de establecer una narrativa propia que desafíe el denominado discurso occidental de la ‘amenaza china’ o del ‘dragón en el arbusto’ (Large)<sup>4</sup>, para lo cual ha invertido en el desarrollo de cadenas de medios de comunicación con alcance internacional.

Según Nye (161), los elementos principales del *soft power* de un país incluyen su cultura (cuando es agradable para los demás), sus valores (cuando son atractivos y practicados de forma consistente) y sus políticas (cuando son consideradas inclusivas y legítimas). Podemos establecer un paralelismo claro en el caso de China, siendo su pilar cultural explotado de las maneras que acabo de exponer, su pilar de valores el milagro económico chino y el pilar político su Consenso de Pekín.<sup>5</sup>

### **3.1. Consenso de Pekín**

Ramo (4) acuña en el año 2007 el término ‘*Beijing Consensus*’, traducido como Consenso de Pekín, que ha pasado a formar parte del discurso común referente a la política exterior china. Con este término pretende dar forma a la nueva corriente de influencias que tiene China sobre los modelos económicos y políticos de otros países, usando como modelo el concepto de ‘*Washington Consensus*’, Consenso de Washington, acuñado en la década de los 90 para hacer referencia a la tendencia

---

<sup>4</sup> Se ha acusado al mismo Nye de perpetuar el discurso de la ‘amenaza china’ en su artículo del año 2005 en el Wall Street Journal, modernizándolo con su concepto del soft power.

<sup>5</sup> Más adelante exploraremos las debilidades del *soft power* chino, que radican en los pilares político y de valores.

paternalista estadounidense de “guiar” a otros gobiernos según sus propios modelos y preferencias, a menudo con resultados catastróficos.

Sin embargo, estos dos ‘consensos’ son intrínsecamente contrarios: mientras que el segundo pretende imponer su modelo capitalista y democrático (algunos usarían el término ‘neoliberal’ para hacer referente a la exacta combinación de estos dos), el primero no es que aspire a extender un modelo contrario, socialista, sino que basa sus relaciones internacionales en el derecho a la soberanía y la filosofía del ‘*business-is-business*’, los negocios son los negocios. Así, se basa en la creencia de que no existe un único modelo viable, ni una solución fija para todas las soluciones<sup>6</sup>, según Ramo (4), “es tan flexible que apenas puede considerarse una doctrina. [...] Se define por una implacable voluntad de innovar y experimentar, por una vivaz defensa de fronteras e intereses nacionales [...]. Va de usar la economía y los gobiernos para mejorar la sociedad, un objetivo original de las economías desarrolladas que acabó perdiéndose en la década de los 90, con el Consenso de Washington”.

Por supuesto, esta filosofía no resulta en la práctica tan inocente y positiva como suena sobre el papel. Como veremos más adelante, las razones que la apoyan van más relacionadas con la posibilidad de abrir su mercado a países de todas las ideologías y con gobiernos de todos los modelos, incluyendo dictaduras; su política de no-intervención le ha granjeado la mala fama de la inmoralidad por asuntos de represión y violación de los derechos humanos, y tampoco le ha servido para evitar las acusaciones de neocolonialismo.

### **3.2. Diáspora china**

Además de los elementos anteriores, este país consta de una herramienta intrínsecamente china: siendo su exagerada demografía uno de sus elementos más característicos, no sorprende saber que es considerada también una de sus herramientas de *soft power*. Se denomina ‘diáspora china’ a la emigración en masa de ciudadanos chinos a otros países, destacando sobre todo aquellos con los que China tenga acuerdos comerciales privilegiados o donde se hayan establecido empresas nacionales, aunque hoy en día existen comunidades en casi todos los países del mundo. Según Alan Hunter

---

<sup>6</sup> A menudo se utiliza el término ‘*China Road*’ como sinónimo, aunque parece tener una connotación que la relaciona más con la manera china de combinar una política de socialismo y un mercado capitalista, que con la libertad de uso de cualquier modelo.

(14), se estima que había ya una emigración de 35 millones a finales del siglo XX, una cifra que ha aumentado considerablemente en los últimos veinte años, alcanzando los 50 millones, de los cuales más de un millón reside a lo largo del continente africano, según French (ctd. en Hess y Aidoo 9).

Ien Ang (142) establece la diferencia entre las corrientes migratorias y las diásporas en el auto-concepto de los emigrantes, ya que “tan solo en las últimas décadas (con las mayores posibilidades de mantener el contacto con la nación de origen y con otros miembros étnicos residentes en otras partes del mundo a través de sistemas de transporte más rápidos y baratos, medios de comunicación masivos y telecomunicaciones electrónicas) se han sentido los grupos migratorios más inclinados a verse a sí mismos no como minorías dentro de los estados-nación, sino ya como miembros de diásporas globales más allá de las fronteras nacionales.

De esta forma, la cultura de origen juega un papel fundamental en la identidad de esta comunidad, preservando por tanto las características culturales, con un cierto grado de adaptación a las culturas de destino, en lo que denomina ‘hibridación cultural’ (Ien Ang 150). Así, el establecimiento de comunidades chinas en otros países tiene como consecuencia una extensión de la cultura china a otras naciones que facilita su acceso a los ciudadanos aborígenes, con ejemplos tan claros como la gastronomía o el idioma; aunque, de nuevo, no siempre el resultado es positivo.

Esta es una herramienta de gran importancia para el *soft power* chino, y que además resulta distintiva: las tendencias migratorias de un país y el comportamiento de estos emigrantes contribuyen, por supuesto, a la imagen internacional de este país, pero en casi ningún otro caso se habla de cantidades tan extraordinarias, debido precisamente a esa densidad demográfica con la que cuenta China que mencionaba antes.

#### **4. Análisis de las relaciones geopolíticas sino africanas**

##### **4.1. Breve recapitulación de avances históricos desde el maísmo**

Como he mencionado anteriormente, las relaciones internacionales chinas con África no se limitan a la actividad de los últimos 30 años, ni siquiera aquellas con características de *soft power*. Ran Jijun (48) divide estas en cuatro etapas distintas: la etapa inicial,

desde 1949 a 1966; la de “estancamiento”, del 1966 al 1971; la de ajuste, de 1976 al 2000; y la etapa institucionalizada actual.

En la primera etapa es protagonista la teoría de los Tres Mundos de Mao, por la cual hace un llamamiento a la fraternidad entre Asia, África y América Latina, pertenecientes a lo que él denomina Tercer Mundo. Esta fraternidad nacía del sentimiento en común de la humillación postcolonial<sup>7</sup> y tenía como objetivo contrarrestar la hegemonía política occidental, buscaba el voto africano en organizaciones internacionales como la ONU (para asuntos como, por ejemplo, la política de ‘una sola China’), así como ofrecer ayuda a estados no democráticos para que con su prosperidad aumentara el atractivo de la ideología política china (Ran Jijun 49). Observamos, además, una clara resonancia entre estos y los objetivos actuales. Así, se iniciaron una serie de contactos (el envío de las obras de Mao Zedong a ciertos países; la asistencia gratuita en cuestiones de construcción de infraestructura; o la formación de periodistas con el fin de diseminar la filosofía periodística china) que duraron hasta su interrupción con el comienzo de la Revolución Cultural en el año 1966, comenzando así el periodo de estancamiento que duraría hasta el 1971, año en que 26 países africanos votaron a favor de que el RPC ocupara un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU (Ran Jijun 51).

Ya en 1978, Deng Xiaoping desarrolló lo que sería la herencia de la teoría de los Tres Mundos: la política de ‘paz y desarrollo’. La paz se debía conseguir entre Oriente y Occidente, y el desarrollo, en el Norte y el Sur; así, establece un discurso que es tan solo una repetición de los objetivos de la teoría maoísta anterior: con el desarrollo cooperativo de África, Asia y América Latina se desafía el poder hegemónico occidental de forma pacífica. La etapa del ajustamiento transforma las relaciones África-China en unas más cooperativas que caritativas, presentando los cuatro principios que dan forma a la narrativa china de sus relaciones con África hasta hoy día: igualdad y beneficio mutuo, diversidad, efectividad y desarrollo común (Ran Jijun 51). Sin embargo, se considera que la importancia de las relaciones internacionales con África disminuyó considerablemente en la década de los 80, en la que “la Guerra Fría sufría un proceso de descongelación y el proyecto de modernización de China demandaba inversión extranjera y asistencia tecnológica ... [de] los países de los que

---

<sup>7</sup> El Libro Blanco del Desarrollo Pacífico de China deja esto muy claro: “En la mitad del siglo XIX, las fuerzas occidentales forzaron las puertas de China con lanchas bombarderas. La agitación interna y la agresión extranjera hicieron de China una sociedad semicolonial y semifeudal.”

podía beneficiarse económicamente”, resultando en una colaboración más discursiva que práctica; algunos incluso argumentan que la incorporación del discurso de la colaboración tenía el objetivo de camuflar su retirada de los programas de ayuda al desarrollo en este continente (Taylor 443, 444).

Es en la década de los 90, o, para ser más específicos, tras los acontecimientos en Tiananmen en el año 1989, que el interés hacia África se ve renovado. Taylor (445) achaca este cambio de actitud al enfriamiento de las relaciones sino-occidentales y su contraste con la reacción africana al episodio, que describe como “mucho más relajada, si no reflejaba abiertamente su apoyo”.

La etapa institucionalizada comienza en el año 2000 con la apertura del Foro para la Cooperación entre China y África (FOCAC por sus siglas en inglés), que publica planes de acción trienales. En 2005 Hu Jintao desarrolla la teoría del Mundo Armonioso<sup>8</sup> ante la ONU, siendo de nuevo a efectos prácticos una versión extendida del planteamiento de política internacional de su sucesor, con sus correspondientes cinco principios de coexistencia pacífica, a saber: respeto mutuo por la soberanía y la integridad territorial, no-agresión mutua, no-interferencia en los asuntos internos del otro, igualdad y beneficio mutuo y coexistencia pacífica (Ran Jijun 61). Estos principios son la base de la filosofía de sus relaciones con África, y difiere de la anterior en la inclusión de lo que ahora es considerado uno de los pilares del *soft power* chino: el respeto al derecho de soberanía.

#### **4.2. Características del soft power chino en África**

Debido a la característica composición del *soft power* chino, desarrollaré en mayor longitud los elementos de medios de comunicación y económicos, cuya importancia en África sobrepasa el resto de elementos. Esto se debe a que el primero tiene una relación de retroalimentación con la opinión pública africana y es un medio directo por el que dar forma a la narrativa del ‘Consenso de Pekín’ y que el segundo es la pieza clave del atractivo del modelo chino, sobre todo en África, que ha sido etiquetada por Occidente como el ‘continente sin esperanza’<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Harmonious World Theory.

<sup>9</sup> El término original es ‘*the hopeless continent*’, acuñado por The Economist en el año 2000.

#### 4.2.1. Medios de comunicación en África

Existe un consenso generalizado entre los académicos que estudian las relaciones sino-africanas respecto a la importancia angular para China de establecer un discurso alternativo al occidental. Con él se pretende contrarrestar una visión en extremo negativa de los avances o estrategias geopolíticas chinos, sobre todo en aquellos países donde China tiene un especial interés, como es el caso generalizado del continente africano.

Esta visión occidental, que, como he especificado antes, está fuertemente moldeada por el discurso de la ‘amenaza china’ o del ‘dragón en el arbusto’, prevalece desde la década de los 60. Tal y como lo expone Daniel Large en su *Beyond ‘Dragon in the Bush’*, esta es una década cuya literatura sinófoba es claramente resonante hoy en día. Large hace una comparación de los términos e ideas prevalentes (49):

La RPC como un factor revolucionario intencionadamente desestabilizador en África en contraposición a la inclinación china actual por apoyar el *status quo* y los gobiernos establecidos en África; la RPC como una amenaza ideológica para los estados africanos recientemente independientes en contraposición a China como una amenaza a la ‘democratización’ y al ‘buen gobierno’ motivada por su propio interés. Puede que el lenguaje haya cambiado (el uso en la Guerra Fría de términos como ‘propaganda’, ‘adoctrinamiento’ o ‘tráfico de armas’ han sido sustituidos por ‘*soft power*’ o ‘venta de armas’<sup>10</sup>), pero las preocupaciones por el impacto de China en la política africana no solo han reaparecido, sino que se han intensificado en ciertas áreas.

Con el objetivo de combatir este discurso altamente subjetivo, que se refiere a dos de los apartados del objetivo cuádruple que establece Madrid-Morales (83): “la diversificación y expansión de su mercado, ... la alineación ideológica y política, ... la narrativa contrahegemónica y ... la reproducción cultural”; China ha puesto especial interés ya desde el maoísmo en el asentamiento de cadenas de medios de comunicación en África, siendo las más importantes Xinhua, CCTV y StarTimes<sup>11</sup>. Así, China cumple un rol triple en su intervención en los medios de comunicación africanos: es, por un

---

<sup>10</sup> En español el uso de un término u otro es prácticamente indiscriminado; los términos originales en inglés, que sí difieren, son *gun running* y *arms sales*, respectivamente.

<sup>11</sup> Cuyos desarrollos expone concisamente Helge Ronning en el capítulo “How much soft power does China have in Africa?” del libro ‘China’s Media and Soft Power in Africa: Promotion and Perceptions’.

lado, un participante en el mercado con ánimo de lucro; por otro, un cooperador mediático; y, por último, un impulsor del Consenso de Pekín o del ‘*China Road*’ (Ran Jijun 55).

En el año 2006 se acuerda en la FOCAC el Plan de Acción de Pekín, con el que se establecen las condiciones de las relaciones mediáticas entre ambos, en las que se incluían las cinco áreas de cooperación: el fomento del uso del *positive reporting*, visitas de grupos de prensa, intercambios de personal, formación de periodistas y producción conjunta de radio y televisión (Ran Jijun 56).

El *positive reporting*, de traducción aproximada ‘periodismo positivo’, es una técnica periodística que constituye una de las características más prominentes del discurso alternativo chino. Esta técnica pretende enfocar una noticia desde un lado positivo, centrándose en las narrativas de las soluciones y se erige como contraria a la estrategia del periodismo occidental, que actúa como ‘perro guardián’, es decir, mantiene una vigilancia férrea sobre las acciones gubernamentales y su tono es, por lo general, crítico. Al *positive reporting* se le ha acusado de evitar la publicación de historias controvertidas, y de servir como propaganda para la cooperación sino-africana, en gran parte debido a la íntima relación de los medios de comunicación chinos con el Estado, y la consecuente censura<sup>12</sup>. Algunos rechazan estas consideraciones y prefieren el uso del término ‘periodismo constructivo’, que Zanqiu y Matingwina (96) resaltan como la nueva tendencia del periodismo sino-africano. Pretende establecerse en un punto medio, no evitando los temas controvertidos a la vez que fomentado la discusión orientada a la búsqueda de soluciones, lo que se consigue centrándose en “cinco temas clave: emociones positivas, implicación, relaciones, intenciones y éxitos” (Seligman, ctd. en Zanqiu y Matingwina 96). A pesar de las diferencias teóricas, parece que el uso de un término u otro se utiliza más dependiendo de si el que habla pretende defender o atacar a los métodos de los medios de comunicación chinos, que de una distinción clara del contenido que pertenece a una categoría u otra.

En cuanto a la formación de periodistas, el Ministerio de Comercio Chino (MOFCOM por sus siglas en inglés), organiza talleres para participantes africanos, en los que se les forma en cultura china o el trato de asuntos importantes de política exterior, así como se

---

<sup>12</sup> May Tan-Mullis nos recuerda (108) la existencia de directivas semanales que indican qué publicar y qué no y la de la ‘policía de internet’, así como la organización Reporteros sin Fronteras ha colocado a China en el número 176 de 180 en su Clasificación Mundial de la Libertad de Prensa en el Mundo en el año 2017 (Reporteros Sin Fronteras).

organizan tours a las sedes de importantes cadenas de medios de comunicación chinas (Ran Jijun 57). Es una estrategia que se inició durante el maoísmo, en que se ofrecía instrucción técnica en el acto durante las instalaciones de antenas o transmisores, y fue desarrollándose durante las décadas siguientes hacia una instrucción más centrada en la ideología y técnicas periodísticas preferentes, así como la facilitación de becas para los estudiantes de periodismo, de manera que obtengan información de primera mano sobre China. Este es un esfuerzo claro por desterrar la narrativa ofensiva occidental predominante de las mentes de los futuros reporteros africanos, fortaleciendo su *soft power* a través del fomento de narrativas que carezcan de un tono crítico hacia China por defecto. Las visitas de grupos de prensa y los intercambios de personal tienen un objetivo similar.

Observamos la manera en que se entremezclan los tres roles que idea Ran Jijun: mientras que el Plan de Acción de Pekín pretende fortalecer su rol como cooperador mediático, es incapaz de evitar la tentación de incluir puntos focales que contribuyen de manera evidente a la expansión de la ideología de la *China Road* tales como el fomento del *positive reporting* y la formación de profesionales.

#### **4.2.2. Actividades económicas y ayudas**

Si la definición del *soft power* acarrea problemáticas y discusiones académicas, estas se multiplican al centrarse en su bloque económico. Para empezar, resulta imposible encontrar una opinión generalizada sobre dónde se sitúa exactamente la línea entre la simple inversión económica, un medio tradicional de *hard power*, y la ayuda al desarrollo; lo que F. Díaz llama “el eterno debate entre Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) o Inversión Extranjera Directa (IED)”. Estas categorías resultan cruciales para entender el verdadero impacto de este bloque en su *soft power*, ya que la primera difícilmente y en pocas ocasiones puede ser justificada como precursora del *soft power*, mientras que la segunda se considera de manera relativamente amplia como una ayuda a la veracidad del discurso chino de cooperación fraternal con África.

Las divergencias en las definiciones de ayuda e inversión no se refieren solo a la definición teórica, sino que abarcan las motivaciones detrás de las ayudas, sus volúmenes, sus destinatarios, su recepción y sus impactos. Estas se deben tanto a los bajísimos niveles de transparencia del gobierno chino como a su estrategia de múltiples canales a la hora de participar en proyectos, que a menudo cuentan con distintas líneas

de crédito de características diferentes como consecuencia, diversos modelos de investigación resultan en estimaciones muy dispares, y mantienen los verdaderos datos fuera del alcance del público.

Los tres organismos gubernamentales más destacables por su implicación en esta materia son el MOFA, el MOFCOM y el Exim Bank, es decir, el Ministerio de Asuntos Exteriores, el Ministerio de Comercio y el Banco de Exportaciones e Importaciones, respectivamente. El primero se centra en el ámbito político, controlando embajadas y consulados. El segundo consta de cuatro departamentos que se reparten las responsabilidades referentes a la inversión china en África, como informar a las empresas chinas del clima socio-político en distintos países, el registro de empresas con inversión en África o la regulación de la situación laboral de trabajadores chinos en empresas chinas en terreno extranjero; además, es el principal agente coordinador de las ayudas a la cooperación, aunque haya otros organismos implicados. El Exim Bank, por su parte, es el que se encarga de la administración de los préstamos que ofrece China al resto del mundo, incluida África. A parte de estos, debemos mencionar también el papel del SASAC, que controla la actividad de las empresas estatales, las cuales son protagonistas exclusivas de los acuerdos de infraestructura a cambio de recursos naturales, de los que hablaré más adelante.

Existe, de nuevo, cierta disparidad de opiniones respecto a los niveles de cooperación entre estos organismos. Algunos autores defienden que “como se puede esperar de un país aún enredado en planes quinquenales, las ayudas de China están altamente centralizadas, desembolsadas conforme a un presupuesto anual, organizadas principalmente por el Departamento de Asistencia al Exterior del MOFCOM y que funciona acorde no a una estrategia *ad hoc*, sino a planes y presupuestos anuales” (Bräutingam 215); mientras que otros achacan la falta de transparencia, entre otras causas, a una falta de coordinación especialmente afectada por las diferencias entre los objetivos de los distintos organismos gubernamentales y los de las empresas que ejercen en el continente africano, que a menudo se ven en oposición (Tan-Mullis 110; Fijalkowski<sup>13</sup>)<sup>14</sup>. Rawnsley lo expone claramente: “los objetivos del alcance

---

<sup>13</sup> Aquellas referencias en el texto pertenecientes a uno sin numeración no incluyen especificación de la página por no estar esa información disponible.

<sup>14</sup> La autora también destaca, como posibles razones que contribuyen a la falta de transparencia, factores sociales como el *mianzi* chino, que podríamos describir como una suerte de orgullo o sentido de la reputación, por el que China preferiría no hacer públicas sus ayudas a África para no avergonzarla, o el sentido de la humildad que les mueve a “actuar más y contarlo menos” (111). A estas razones se le

internacional son, a menudo, tácitos, desconocidos, y, por tanto, no comunicados; y si no hay un acuerdo sobre los objetivos, es imposible medir el impacto de los programas de *soft power* y evaluar sus consecuencias” (Rawnsley 23).

La misma autora hace una interesante comparación entre las estrategias chinas y la definición reguladora de ayuda extranjera que realiza en 1972 el CAD de la OEDC, el Comité de Ayuda al Desarrollo de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos, del que China no forma parte. Esta organización distingue dos tipos de financiación para el desarrollo global oficial, es decir, por parte de un gobierno central o local. Primero está la Asistencia Oficial al Desarrollo (AOD), entre las que se encuentran las donaciones a fondo perdido y los préstamos en condiciones favorables, que deben tener siempre un componente de subvención superior al 25% (OECD). Sin embargo, también tiene en cuenta otros fondos oficiales de características diferentes, y es en esta categoría que caen la mayoría de las ayudas chinas (Bräutingam 205).

Excluyendo de este apartado cualquier ayuda que no caiga en el terreno económico, como es la cooperación técnica, los programas de voluntariado, la ayuda militar (que es además fuente de discusión por tampoco estar incluida en la definición de ayuda de la CAD), la médica y otras muchas, las formas de cooperación chinas más comunes que sí entran dentro de la categoría de AOD son las donaciones a fondo perdido, los préstamos a interés cero y los préstamos en condiciones favorables, así como las reducciones de deuda. Las primeras se usan, sobre todo, para la construcción de escuelas, hospitales, pozos y otros elementos de necesidad básica para el bienestar ciudadano; los segundos, para proyectos de construcción de infraestructura como carreteras o instalaciones públicas (Tan-Mullis 110). Como he mencionado antes, los verdaderos volúmenes de cooperación para el desarrollo no están disponibles para el público, sin embargo, los objetivos del gobierno son públicamente anunciados: en el 2009, por ejemplo, se comunicó que se pretendían aumentar los créditos en condiciones favorables a África hasta alcanzar una cifra de 10 mil millones de dólares americanos para el año 2012 (Bräutingam 206).

La problemática de la medición de las ayudas que ofrece China a África, ocasionados por la falta de transparencia gubernamental que mencionaba antes, se ve agravada por la

---

sumaría la baja popularidad que estos proyectos tienen entre los mismos ciudadanos chinos, que a menudo consideran que existen en detrimento de la lucha contra la pobreza nacional; siendo esta queja visible tan solo en sondeos públicos, pero no teniendo ninguna repercusión en el ámbito político, ya que el sistema no necesita del apoyo popular para llevar a cabo estas medidas (116-118).

disparidad de los creativos métodos elegidos por distintos grupos de investigación; estos surgen por la incapacidad de medir las ayudas según las pautas establecidas por la CAD de la OCDE (Johanson). A menudo, las pautas escogidas en cada uno de estos métodos son fuertemente criticadas por otros académicos, provocando una discusión dicotómica con la que uno comienza a familiarizarse en el estudio de las relaciones sino-africanas.

He visto conveniente señalar, por ejemplo, las críticas de Bräutingam (216). Estas se centran en las tendencias a considerar ayudas gubernamentales a toda aquella actividad llevada a cabo por entidades o bancos relacionados con el gobierno (siendo estas casi la totalidad) a países menos desarrollados, como por ejemplo créditos para exportación o préstamos comerciales, una práctica inusitada cuando se analizan a los miembros de la OCDE. Bräutingam se posiciona con este argumento contra la popularísima consideración de que los motivos principales para las ayudas de China giran en torno a su necesidad de recursos naturales (Alves); ella la considera el motivo principal de su inversión, pero no de su cooperación al desarrollo. Para apoyar su crítica, se basa en sus propios estudios anteriores, en los que afirma que los proyectos de cooperación al desarrollo se sitúan en todos los países africanos con los que China tiene relaciones diplomáticas, independientemente de su riqueza en recursos de los que tengan gran necesidad, siempre y cuando no tengan relaciones con Taiwán.

Sin embargo, e independientemente de si se consideran parte de las ayudas o no, lo cual depende de la consideración de cada investigador, el papel de los acuerdos de infraestructura a cambio de recursos naturales<sup>15</sup> es protagonista, por su composición, a la hora de tratar la importancia del elemento económico del *soft power* chino.

Una de las pocas cosas en las que se ha llegado a un acuerdo universalizado son las motivaciones por las que China hace especial hincapié en sus relaciones con este continente. Estas se evidencian al analizar los países que reciben una atención comercial predominante, a saber: Angola y Nigeria, cuyas extensas reservas de petróleo<sup>16</sup> los convierte en poderosos aliados, sobre todo para China, cuya incapacidad para satisfacer su propia necesidad de recursos naturales, debido a lo exacerbado de su producción, es bien conocida. Esta necesidad trasciende, sin embargo, a la del petróleo; el comercio

---

<sup>15</sup> Traducción acuñada del original en inglés, ‘infrastructure-for-resources deals’; también se le refiere en español como ‘intercambio de materias primas por asistencia técnica’.

<sup>16</sup> Ambos países entran en el top 4 de las mayores reservas de petróleo africanas con 13.5 y 37.2 mil millones de barriles respectivamente, así como son los dos mayores productores de petróleo del continente, con 2.5 y 1.8 millones de barriles por día respectivamente (Alves, *¿*).

con África ofrece, por ejemplo, la posibilidad de acceder a una vasta reserva de metales, (en Gabón y la RDC, por ejemplo) cuya producción china, de nuevo, es insuficiente para satisfacer su demanda actual.

Con esta necesidad en mente, China ha desarrollado<sup>17</sup> la práctica de lo que se denominan acuerdos de infraestructura a cambio de recursos naturales. Estos están formados por “dos instrumentos legales: un acuerdo de cooperación marco, firmado por los dos gobiernos, que establecen los términos generales (volumen, propósito, tipo de interés y vencimiento) y un acuerdo de préstamo firmado por el Exim Bank y el prestatario”; y se caracterizan por un tipo de interés muy bajo, siendo la diferencia subsanada por el gobierno central, y por “un periodo de reembolso bastante largo, hasta 15 o 20 años, incluyendo un periodo de gracia de 5 a 7 años” (Alves). Normalmente se aplica lo que se conoce como la regla del cinco, cinco, diez<sup>18</sup>: cinco años de uso, cinco años de gracia y diez de reembolso (Tan-Mullins 110).

La razón por la que estos acuerdos están íntimamente relacionados con su *soft power* es, de nuevo, el discurso de auto-descripción que se plantea a la hora de establecer estos acuerdos. Se habla de ‘*win-win cooperation*’, una cooperación ventajosa para ambas partes: mientras que China es capaz de acceder a una fuente de recursos naturales a largo plazo y expandir su mercado de construcción, África es capaz de comenzar a resolver así su evidente deficiencia de infraestructura, sobre todo en el sector energético, el de transporte (teniendo estas consecuencias especialmente graves sobre el desarrollo de su comercio) y el acceso al agua, y se considera (Alves) que China ha jugado un importante papel en el denominado ‘*Africa rising*’, el ascenso de África.

Sin embargo, estos acuerdos son objeto de dura crítica debido a su baja subcontratación de empresas y trabajadores africanos: estos créditos en condiciones preferentes suelen tener como condición que al menos el 50% de los servicios, materiales e incluso mano de obra provengan de China (Alves), de manera que el dinero que se invierte vuelve rápidamente al país de origen, crea competición en detrimento de la industria constructora africana y supone una limitada transferencia de conocimientos y

---

<sup>17</sup> Aunque no inventado; este tipo de acuerdos comenzaron a ser usados en la década de los 90 por los bancos londinenses (JBIC London Office, 3).

<sup>18</sup> Traducción acuñada del original en inglés, ‘five, five, ten rule’.

habilidades a los profesionales locales. También la calidad de estas construcciones se ha puesto en tela de juicio (Díaz; Alves).

Es evidente que la relativamente reciente importancia dada al aumento del *soft power* está fuertemente vinculada a esta necesidad de recursos naturales y a las características de estos acuerdos comerciales. El discurso de fraternidad chino, caracterizado por el uso de expresiones como ‘fraternidad’, ‘beneficio mutuo’, ‘respeto mutuo’ o ‘proveedor de asistencia’, se erige para evitar acusaciones de neocolonialismo y así asegurar el apoyo de África a la cosmovisión china y sus proyectos en los foros internacionales a la vez que asegura fuentes de recursos naturales a largo plazo y fomenta la creación de mercados para los servicios y bienes chinos.

Además, para Tan-Mullis, “evitar el término ‘donante’ permite a China justificar sus prácticas ‘a la manera china’, que a día de hoy se desvían de las normas del CAD para la contabilidad del volumen de las ayudas y evaluación de la eficacia” (111) y “las estrategias de asistencia al extranjero pueden fomentar la imagen de China como potencia emergente” (115).

#### **4.3. Teoría de la importancia de la recepción del soft power**

En contraposición a las fuerzas de *hard power*, la eficacia del *soft power* depende en gran medida de la recepción del sujeto<sup>19</sup>, dado que no se basa en medidas impositivas, sino de una interacción. En otras palabras, el *soft power* pretende conseguir un ambiente favorable en sus relaciones con otras naciones, y para ello necesita de una respuesta positiva por parte de estas naciones.

Nye lo deja claro en el ‘Foreword’ del libro *Soft Power Superpowers*: “el poder, cuando definido en términos de comportamiento, es una relación, y el *soft power* depende más del rol del sujeto de lo que depende el *hard power*. La atracción depende de lo que pasa en la mente del sujeto. Aunque pueda haber casos de manipulación verbal coercitiva, hay más grados de libertad cuando para el sujeto cuando se usan medios de *soft power*” (xiii<sup>20</sup>). Esto quiere decir que los elementos de *soft power* pueden ser conscientemente diseñados, pero su eficacia depende en grandísima medida de la recepción del sujeto,

---

<sup>19</sup> Para referirme a los distintos implicados en la relación de *soft power* me he decantado por la terminología actor-sujeto, dado que sujeto-objeto manifestaba, a mi parecer, una inactividad ilusoria por parte del que recibe las acciones de *soft power*.

<sup>20</sup> El texto original tiene parte de su numeración en números latinos.

que a su vez depende de muchos otros factores, a menudo imposibles de controlar por el país que pretende ejercer *soft power* sobre otro. Como dice Rawnsley (21), es imperativo “reconocer que todo poder es político y relacional a la vez, y que su éxito depende de que el que lo recibe reconozca y acepte que otro actor político posee un poder que puede usar contra o a pesar de ellos”.

#### **4.4. Recepción del soft power chino en África**

Las investigaciones sobre el impacto de ciertos instrumentos de *soft power* en la sociedad africana son muchas. Entre las metodologías más populares destacan el análisis del contenido de los medios de comunicación y los sondeos a determinados estratos de la ciudadanía, siendo los segundos menos frecuentes. Aunque hemos de tener en cuenta que ambas tienen una relación de retroalimentación (los medios de comunicación independientes deben reflejar y dan forma a la opinión pública al mismo tiempo), a menudo existen divergencias entre los resultados de una metodología y la otra, sobre todo en aquellos países donde la libertad de prensa es menor y existe un mayor control gubernamental de la misma.

A su vez, la condición de institución de estos medios los invalida como discurso espontáneo: como mínimo, reflejan la opinión de un sesgo de la población con ciertas características como el nivel de educación, y el añadido de la intervención gubernamental los separa del todo.

En el estudio de Skjerdal y Gusu sobre la estructuración de las relaciones China-Etiopía en los medios de comunicación etíopes, por ejemplo, los autores observaron una clara diferencia entre los niveles de criticismo de las cadenas estatales y las privadas, siendo el de las segundas significativamente mayor. Esto está directamente relacionado con los diferentes niveles de eficacia de su *soft power* en las élites y entre los civiles, que trataré más adelante.

En ese mismo estudio vemos que las temáticas escogidas para una representación positiva de China giran alrededor de su prosperidad económica, su generosidad, su superioridad tecnológica y su valor como aliado contra Occidente (156). De ahí podríamos sobreentender que estos son los valores cualitativos positivos de mayor importancia, donde reside la fuerza del *soft power* chino. Sin embargo, debido a la estrecha relación de los medios de comunicación con el gobierno, no podemos discernir

si estos valores son, de entre los que China intenta proyectar al mundo exterior, los que tienen una legitimidad o un peso mayor según el pensamiento etíope, o bien los que el gobierno de Etiopía considera más conveniente resaltar para suavizar la opinión general sobre sus relaciones con este país.

En cuanto a las encuestas populares, existe una evidente falta de consenso referente a ciertos aspectos de su metodología; más concretamente, a la diversidad y cantidad de temáticas que deben evaluarse. La encuesta más variada en cuanto a temáticas de la que tengo conocimiento es la de Sautman y Yan en el año 2009, la cual se hizo a nivel transnacional y preguntaba:

... no solo acerca de cuán beneficiosas eran las políticas chinas para el conjunto de África, sino también cuán deseable era su modelo de desarrollo, sobre la compatibilidad (o la falta de ella) de los intereses chinos y africanos, si China estaba o no en África “tan solo por los recursos naturales”, sobre el atractivo de la política de no interferencia de China, sus opiniones sobre las empresas y trabajadores chinos, el atractivo de las políticas chinas frente a las occidentales, la adaptabilidad de los inmigrantes chinos comparada con la de los occidentales, y si China practicaba o no el neocolonialismo en África (Sautman y Yan, ctd. en Hess y Aidoo 7).

Otras, como la del Ethics Institute of South Africa en el año 2014 lleva a cabo una encuesta también transnacional que incluye a Nigeria, Sudáfrica y Kenia en la que se concluyó que la percepción de estos países era negativa en cuanto a los empresarios chinos (42.4% negativa y 35.3% positiva) (16), la calidad de los productos y servicios chinos (56%) (19), su responsabilidad medioambiental (49.8% negativa y 11.4% positiva) (27) y social (un 43.4% negativa y un 20.1% positiva) (22) y su contribución a la corrupción en su país (61%) (24), aunque había una percepción positiva del impacto económico de la inversión china (32).

En comparación con estas encuestas, el resto de metodologías (por ejemplo, el caso de Mano, citado más adelante) suelen centrarse, por cuestiones de volumen, en un público nacional y en un número reducido de preguntas, que suelen carecer de comparaciones con Occidente.

#### 4.4.1. Puntos fuertes y debilidades del *soft power* chino en África

Como hemos esclarecido ya, el discurso sobre las relaciones sino-africanas se presenta de una manera abiertamente bilateral: cada elemento de estas siendo criticado y alabado prácticamente a partes iguales. Estos elementos son, a menudo e irónicamente, tanto las fortalezas como debilidades del *soft power* chino. A continuación, trataré de exponer los tres más sobresalientes, aquellos que ejercen un atractivo y un rechazo sobresalientes entre tanto académicos como observadores y, sobre todo, medios de comunicación y civiles africanos.

En primer lugar, tenemos el impacto de la intervención económica china. Alves recoge las alabanzas más comunes que le dedican:

La contribución sustancial hacia la provisión de infraestructura física por todo el continente, desde carreteras, ferrocarriles, puertos, aeropuertos, generación de electricidad y redes de distribución, hasta oleoductos y tuberías de agua o gas y refinerías ... contribuyen a un entorno empresarial más propicio y ... a la reducción de la pobreza en el continente. ... Tienen mejores condiciones de reembolso, ... vienen sin condiciones políticas y al ofrecer una fuente de financiación alternativa, aumentan el poder de negociación con los donantes tradicionales.

A esto se le suma la amplitud del mercado internacional africano y la introducción de mercancía china a precios bajos, que permiten el acceso a muchos productos que solían estar por encima de las posibilidades de compra de muchos africanos (Hess y Aidoo 2).

Como he mencionado antes, sin embargo, la intervención económica por parte de China ha tenido numerosos críticos. Estos no solo denuncian que dificulta la diversificación económica de África y su independencia de recursos; Hess y Aidoo (3) señalan también estas problemáticas:

... las malas condiciones de trabajo y los bajos salarios pagados a los trabajadores africanos en las empresas chinas, las malas prácticas medioambientales de las mismas, los acuerdos empresariales corruptos entre los empresarios chinos y los oficiales africanos [o] el supuesto apoyo de Pekín a los Estados paria que se enfrentan a sanciones internacionales por vulneración de los derechos humanos. El influjo de productos manufacturados a precios bajos provenientes de China ha traído consigo una competencia indeseada a las industrias nacientes locales,

resultando en la eliminación de puestos de trabajos de manufacturación. La llegada en amplios números de trabajadores y empresarios chinos han hecho del mercado laboral uno más competitivo ... Los africanos se quejan también de la baja calidad de los productos manufacturados chinos y del rápido deterioro de la infraestructura de elaboración china.

Estas críticas se enlazan con las numerosísimas acusaciones de lo que se ha llegado a denominar ‘neocolonialismo’, un uso indiscriminado de los recursos naturales africanos con objetivo de mejorar la situación del país asiático. En palabras de Díaz: “China está construyendo un sistema neocolonial basado en el extractivismo y en una apariencia de progreso que genera una sensación de que las cosas avanzan. Pero en realidad, está construyendo un África *made in China*, hecha con malos materiales y nula liberación de los pueblos africanos. Un África sin progreso, al servicio de los intereses externos”. Así, la falta de preocupación real por el bienestar africano podría provocar también, por ejemplo, que estos contratos sumergieran al continente en un nuevo ciclo de deudas que empeorasen eventualmente su situación. Las malas condiciones laborales también han despertado acusaciones del mismo tipo, llegando a ser tan graves como la de un “nuevo imperio esclavista en África” (Hitchens, ctd. en Hess y Aidoo xvi).

Desde el punto de vista del pueblo africano, estas mismas críticas toman forma contra la política africana a la que se le ha dado nombre de ‘*Look East*’<sup>21</sup>, de traducción aproximada “apertura hacia el este”, que no es más que la formación preferencial de lazos con países asiáticos (China, en este caso), normalmente acompañada o motivada por un rechazo al “colonialismo” occidental.

En segundo lugar, encontramos la no-legitimidad de sus políticas, es decir, aquellas prácticas o ideologías que contradicen o amenazan la percepción externa del carácter genuino de su discurso y, consecuentemente, minan la eficacia de sus instrumentos de *soft power*. En definitiva, “los países con más probabilidad de resultar atractivos y ganar *soft power* ... son ... aquellos cuya cultura e ideas dominantes están más cerca de las normas globales predominantes<sup>22</sup> (que ahora enfatizan el liberalismo, el pluralismo y la

---

<sup>21</sup> Esta expresión tiene un significado distinto aplicado a distintos países. Parece ser usado con más frecuencia para el caso de India, en el que, por ejemplo, significa el desarrollo de relaciones económicas y estratégicas con países del sur de Asia para contrarrestar la hegemonía de China; para Bangladesh incluye relaciones con Asia del Sur y del Este, incluyendo China, etc.

<sup>22</sup> Aunque Rawnsley se preguntan quiénes son aquellos que dictan las “normas globales predominantes” y critica las asunciones sobre el poder y la hegemonía que forman nuestra respuesta automática, está claro a

autonomía) cuya credibilidad está realzada por sus valores y políticas nacionales” (Nye, ctd. en Rawnsley 25). China se enfrenta de manera evidente a muchas de estas normas globales predominantes y es fuertemente criticada por muchas de sus políticas.

Rawnsley (30) lo explica de la siguiente manera, a la vez que revela cuáles son esas prácticas o ideologías que con mayor gravedad amenazan la credibilidad del discurso chino:

Aunque China invierte fuertemente en el desarrollo y la expansión de sus instrumentos de proyección de *soft power* y la cultura, lenguaje, historia y gastronomía china se manifiestan como particularmente atractivas para la audiencia internacional, ... [es difícil] ofrecer una distinción clara entre la cultura y la política en China ... Las posibilidades de *soft power* de cualquier actor internacional están limitadas por las dificultades que se encuentran en el ámbito político, por los métodos que construyen para enfrentarse a estos desafíos, y por la frágil credibilidad de sus palabras y acciones. En el caso de China, esto significa que su sistema político autoritario, una aparente negligencia hacia los derechos humanos, un nacionalismo agresivo y sus problemas continuados en el gobierno nacional (sobre todo corrupción) perjudican el mensaje más benigno de *soft power* que intenta proyectar...

Wekesa (145) añade a esta lista: “... el control exhaustivo de Internet y el tratamiento a los activistas; ... su rivalidad con los E.E.U.U. (y Japón) por asuntos de seguridad; económicos y geopolíticos, los desafíos de sus relaciones con Taiwán y Hong Kong; y sus disputas con Filipinas y Vietnam con respecto al Mar de la China Meridional”.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, y lo veremos a continuación, que muchos de los elementos de esas listas, aunque claramente amenazan su atractivo en Occidente, no resultan tan problemáticos en su relación con ciertos estratos de ciertas sociedades africanas.

Relacionada con estas políticas que dificultan la legitimidad del discurso chino, en concreto con la negligencia hacia los derechos humanos, tenemos nuestro tercer elemento: el derecho a la soberanía que incluye China en sus relaciones con África. Varios países con los que China tiene relaciones comerciales basadas en la extracción de

---

quiénes se refiere Nye: a los organismos internacionales con potestad para juzgar e incluso intervenir en los diversos asuntos nacionales.

recursos naturales han sido públicamente denominados ‘estados paria’<sup>23</sup> y algunos ocupan los puestos más bajos del Índice Ibrahim sobre la Gobernabilidad en África (Mo Ibrahim Foundation 18): de los 54, Angola ocupa el puesto 45; Guinea, 41; Nigeria, 36; Guinea Ecuatorial, 47; Zimbabue, 39; la República Democrática del Congo, 46; Sudán, 49; etc.

Gagliardone (ctd. en Maweu 128) se pregunta si “esta falta de ideología”, refiriéndose a los esfuerzos de China por mostrarse como no ideológica y apolítica, “puede ser un tipo diferente de ideología por sí sola y en sí misma, o si esconde unas motivaciones secretas que estén siendo subvertidas por la retórica del *soft power* chino”.

En términos generales, esta particular visión de su geopolítica permite a China establecer relaciones con países cuya situación política les ha excluido, por ejemplo, de las listas de cooperación al desarrollo de los donantes tradicionales, que requieren de ciertas garantías de lucha por la democracia y el respeto a los derechos humanos<sup>24</sup>. Así, no solo aprovechan los mercados y los recursos naturales menos explotados, sino que refuerzan su discurso anti-Occidente.

Esta situación ha derivado en la preocupación general de que la intervención china esté minando los esfuerzos occidentales por mejorar la situación política y la transparencia en el continente, así como para algunos representa un peligro directo para los derechos humanos. Las acusaciones han llegado al punto de afirmar que “su intervención en África ha tenido como objetivo parcial el apoyar y reforzar dictaduras como las de Etiopía, Sudán y Zimbabue” (Kleine Ahlbrandt y Small, ctd. en Hess y Aidoo 11). En concreto, la problemática más mencionada es la de Etiopía, donde China ha facilitado al gobierno tecnología para la vigilancia cibernética, de lo que se le acusa también al gobierno de Angola y Zimbabue (Skjerdal y Gusu 151, 154).

Es evidente que el respeto al derecho a la soberanía está, para China, por encima de la lucha por los derechos humanos. A pesar de que las políticas chinas han cambiado en cierta medida desde la década de los 90, resulta revelador mencionar de forma anecdótica las palabras del por aquel entonces Primer Ministro Li Peng en el año 1991 (citadas en Taylor 451):

---

<sup>23</sup> Término que carece de una definición concreta, pero que se refiere a aquellas naciones que no se comportan conforme a las normas de comportamiento comúnmente aprobadas por la comunidad internacional.

<sup>24</sup> Un ejemplo de ellas es la iniciativa a favor de los países pobres muy endeudados (PPME o HIPC por sus siglas en inglés) (Alves).

El nuevo orden político internacional significa que todos los países son iguales, y que se respetan mutuamente... independientemente de las diferencias entre sus sistemas políticos e ideología. A ningún país se le permite imponer su voluntad a otros, buscar la hegemonía en ninguna región, o adoptar políticas de poder<sup>25</sup> para lidiar con otros países. No se les permite interferir en los asuntos internos de los países en desarrollo, o adoptar políticas de poder en nombre de los “derechos humanos, la libertad o la democracia”.

Taylor habla de la “agresiva pose de Pekín como el defensor más clamoroso del mundo en desarrollo de la posición culturalmente relativista en el tema de los derechos humanos” (451), y defiende que el hermanamiento de China y África se basa más en la similitud de élites políticas autoritarias, atacadas todas ellas por sus “prácticas represivas y antidemocráticas”, que en la lucha contra la hegemonía occidental.

Así, encontramos de nuevo dos discursos contrarios: por un lado, el que denuncia las tendencias imperialistas occidentales y considera impropio que se intervenga en los asuntos políticos internos de cada país, el cual defiende el derecho a la soberanía y apoya un enfoque apolítico de las ayudas y de las relaciones económicas; por otro, el que pretende una lucha global por “los derechos humanos, la libertad o la democracia”, como expone Li Peng, que justifica, por ejemplo, que haya criterios de selección para ayudas económicas basados en ciertas expectativas de comportamiento político para el gobierno que las solicite. Lo que está claro es que China considera los ‘derechos económicos’ la máxima prioridad de los países en vías de desarrollo, por encima de los derechos individuales (Padraig 11), o, dicho de otra forma, que considera que esta priorización es en algunos casos más ventajosa para los ciudadanos a largo plazo que la contraria.

Además de estos tres elementos dicotómicos, encontramos otro impedimento para la efectividad del *soft power* chino como fuerza conscientemente organizada. Ya he mencionado que la pluralidad de agentes chinos y su poca coordinación con el estado era una de las causas más populares a las que se les achacaban la bajísima transparencia de sus ayudas. Sin embargo, no es el único efecto negativo que conlleva: a menudo, los intereses de las empresas estatales en África entran en conflicto con la imagen que el estado pretende proyectar y pueden provocar serios problemas que minan los esfuerzos

---

<sup>25</sup> Más comúnmente referidas como *power politics* o *Machtpolitik*.

de un *soft power* planificado y acarrear graves consecuencias políticas. Hess y Aidoo nos dan algunos ejemplos (10), como casos de “violencia entre gerentes chinos y mineros de carbón locales en Zambia, ataques de movimientos separatistas etíopes a ciudadanos chinos y sus propiedades y el arresto y desalojo de mineros de oro chinos ilegales en Ghana”.

#### **4.4.2. La división ‘élite vs. civil’ y su estudio en casos específicos**

Como he mencionado antes, estos elementos no son solo criticados a nivel académico, sino que revierten profundamente en su popularidad entre los africanos: las acusaciones y las defensas son, *grosso modo*, las mismas que he mencionado, y se observan tendencias muy claras entre los que toman un partido u otro. Concretamente, se establece una evidente diferencia entre el recibimiento o la eficacia del *soft power* chino en las élites del país sujeto y entre los ciudadanos de a pie. Esto se debe mayormente al mismo enfoque estratégico de China, y a los objetivos que lo impulsan, para cuyo alcance es más conveniente el trato con el primero que con los segundos: mientras que los instrumentos de *soft power* culturales sirven para aclimatar a los civiles y facilitar su aceptación de tanto la nueva comunidad inmigrante (la diáspora china) y los nuevos agentes en el mercado local como de las medidas políticas que fortalecen sus lazos con China, son los instrumentos económicos y políticos, y los sujetos a los que los enfocan, los que resultan más beneficiosos para China. Es por ello que casi la totalidad de los intercambios o acuerdos sino-africanos se llevan a cabo directamente de gobierno a gobierno.

Como consecuencia, observamos una tendencia general en la que los ciudadanos tendrán una opinión más crítica que los gobiernos. Esta es la conclusión a la que llegan distintos investigadores de la eficacia del *soft power* chino en los medios de comunicación africanos.

Ya he mencionado anteriormente el estudio de Etiopía conducido por Skjerdal y Gusu, en el que se muestra cómo las cadenas estatales, con obligación de promover las políticas gubernamentales (161), no critica las relaciones China-Etiopía, mientras que los medios públicos incluyen visiones tanto positivas como negativas al respecto, o en el que se ve, incluso, cómo las primeras están mucho más abiertas a citar fuentes de información chinas como Xinhua, mientras que las públicas no las consideran en absoluto fiables (155).

El estudio de Mano, que trabaja directamente con la opinión de los ciudadanos de Harare, Zimbabwe, a través de una encuesta, también confirma de forma clara que los criticismos hacia la presencia china en el país pertenecen sobre todo a los civiles. “Aquellos que escriben o hablan a favor de China en los medios de comunicación zimbabuenses convencionales incluyen a los embajadores chinos, los ministros del gobierno de Zimbabwe y blogueros que simpatizan con la ideología del partido en el poder”, dice Mano (170), cuya encuesta revela que el 98% de la población considera que las relaciones China-Zimbabwe no son mutuamente beneficiosas (172).

La razón de la impopularidad china entre los civiles zimbabuenses tiene como base la aparente falta de repercusiones positivas para los mismos de los lazos políticos que se crean entre ambos países y las ayudas al desarrollo ofrecidas. El autor ofrece ejemplos como la donación de autobuses manufacturados en china con la intención de aliviar los atascos derivados de la superpoblación de la capital, que resultaron ser extremadamente frágiles y dejaron de funcionar en poco tiempo (167).

En otros casos, por ejemplo, el de Kenia, observamos que la efectividad de los instrumentos de *soft power* chinos se ven mermados debido en parte a su competencia occidental. Maweu conduce una investigación de la que extrae conclusiones que son, según la misma autora (129), similares a las de Gagliardone cuando estudia los casos de la República Democrática del Congo y de Nigeria: los ciudadanos keniatas sienten un profundo rechazo por los productos chinos, incluyendo aquellos relacionados con los medios de comunicación, de los que acusan de “usar a África ... [para] su guerra económica contra Estados Unidos y Europa” (130). En sus entrevistas personales, descubre que una de las causas de este rechazo es su competencia contra los productos occidentales, por los que sienten una marcada preferencia: “... la gente solo estará interesada en los productos mediáticos chinos si muestran productos occidentales” (130). Pareciera que en el choque de los *soft powers* chinos y occidentales la balanza se inclina en contra del chino, y su negativa a consumir sus narrativas y la marcada enemistad que China obvia en este radicaliza su rechazo.

Sin embargo, no se puede afirmar que el *soft power* chino no haya tenido éxito en Kenia: a pesar de las percepciones civiles, que considera la ‘Look East’ como “una estrategia de la élite política para promover la corrupción y el mal gobierno”, el gobierno keniatá apoya la política de ‘una sola China’, y está generalmente aceptado

que sus relaciones diplomáticas benefician a ambas partes económicamente (Maweu 133, 134).

Por otra parte, los académicos Hess y Aidoo (xviii) pretenden alejarse de los planteamientos binarios entre “oportunidad y explotación” y proponen un método “que tiene en cuenta la distribución geográfica desigual de la implicación china en el África Subsahariana y los diversos contextos políticos e institucionales”, lo que resulta un planteamiento inusual en el estudio de las relaciones sino-africanas, que, como he mencionado con anterioridad, tiende a homogeneizar a todo el continente.

Más concretamente, estudian el uso del populismo anti-chino en África como una herramienta política para ganar elecciones, en lo que se constituiría casi como el proceso inverso a la distinción entre la élite y lo civil que se da en algunos países: en lugar de hacer caso omiso al descontento de los ciudadanos y continuar con la política del *Look East*, que estos ven como permisiva del colonialismo y perjudicial, estos políticos asimilarían ese rechazo en su propia agenda para ganar popularidad. Como veremos, este uso es bastante limitado, y está directamente relacionado con el contexto político del país en cuestión.

Para ello elaboran un estudio en el que incluyen países categorizados, según Freedom House, como libres (Ghana y Sudáfrica), parcialmente libres (Zambia) y no-libres (Angola y Etiopía) (Hess y Aidoo 18), que muestran tendencias distintivas en su manejo del rechazo popular a la intervención económica china, en caso de haberlo.

En los países libres (esto es, entre otras cosas, con un sistema de gobierno democrático), descubren los autores, existe una visibilización de la crítica popular en la “arena pública” (19), pero los líderes políticos muestran mayor reticencia a usar lo que denominan la ‘carta china’<sup>26</sup>. Esto se debe a que los partidos políticos tienen una posibilidad real de ganar las próximas elecciones, tras las cuales han de gobernar (19). Dado que China es una de las opciones más importantes en cuestiones de “asistencia, comercio e inversión, estos líderes no pueden permitirse el riesgo de dañar estas relaciones y comprometer por tanto su habilidad para promover el crecimiento económico y la creación de puestos de trabajo una vez estén en el poder” (19).

La situación opuesta ocurre en los países considerados no-libres, en los que “las preocupaciones anti-chinas han estado llamativamente ausentes de tanto la retórica

---

<sup>26</sup> En el original, ‘China card’.

política como de la arena pública” (19) y en los que “sus líderes han hecho de su alianza con China una característica fundamental de su lucha por estimular el desarrollo nacional” (20). Esta descripción corresponde a la situación más extrema de la división entre la élite política y los ciudadanos de a pie mencionada con anterioridad, en que no existen medios de comunicación públicos a los que se le permita poner en tela de juicio las decisiones y políticas de su gobierno, y en que se aplican fuertes represiones contra aquellos periodistas independientes que lo intenten, por lo que las quejas o preocupaciones anti-chinas quedan “silenciadas en la arena pública, dejando poco espacio para que políticos de la oposición exploten las reclamaciones anti-chinas para movilizar el apoyo del pueblo” (20).

Es en el caso de Zambia en el que Hess y Aidoo encuentran el uso de la ‘carta china’. En Zambia, “un poderoso movimiento populista anti-chino [basado en conflictos relacionados con] emergió en un contexto político definido por un régimen unipartidista con un control limitado de los medios de comunicación y una competencia persistente por parte de una oposición política dividida” (20). El contexto político específico de Zambia y el uso de la ‘carta china’ permitió que, durante varias elecciones sucesivas, la oposición política solventara sus “divisiones basadas en temas étnicos y regionales” para aumentar progresivamente sus votos hasta alcanzar la presidencia en el año 2011 (20).

## **5. Conclusiones**

Debido a la combinación del sesgo occidental de Nye y de la situación específica de China, resulta muy complicado adaptar la realidad de los instrumentos del atractivo chino con el concepto original de *soft power* según lo ideó este en 1990. De hecho, parece que su descripción es más acorde a la revisión de su propia teoría diecinueve años más tarde, en que acuña el nuevo término de *smart power*, diseñado para acomodar la utilización de elementos que había categorizado como *hard power* dentro de su teoría. Sin embargo, la acomodación que realiza resulta insuficiente en el caso de China, donde el elemento económico es uno de los pilares básicos de su atractivo, con importancia mayor que la de los elementos tradicionales de *soft power* como los culturales, no el apoyo opcionalmente coercitivo de los mismos.

El desajuste conceptual resulta entre otras cosas en la falta de consenso académico respecto a qué partes de la actividad económica china en África deberían ser incluidas en la medición de su *soft power* y cuáles deben ser consideradas simples relaciones geopolíticas, es decir, entre debate entre Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) e Inversión Extranjera Directa (IED). Observamos, sin embargo, que la distinción entre ayuda e inversión es una que pertenece exclusivamente a los académicos o a los occidentales, pero que la versión oficial nacional es que “para China la mejor ayuda es la inversión” (Díaz).

Otra vertiente del mismo debate radica en el nivel de consciencia que la propia nación tiene de su *soft power*, o, en otras palabras, el nivel de espontaneidad que tiene un movimiento, ya sea cultural, económico, mediático, migratorio o de cualquier otro género, que tenga como consecuencia un cambio en la imagen internacional de ese país. Lee (ctd. en Rawnsley 22) describe el *soft power* como “una forma de poder nacional que está basado en el atractivo cultural e ideológico, llevado a cabo, ya sea intencionada o inintencionadamente, por los participantes en relaciones internacionales para conseguir imperativos estratégicos”. Rawnsley (23) lo califica como “un resultado natural del atractivo cultural y político”.

No obstante, resulta evidente que en el caso de China existe una planificación consciente de su *soft power*, evidenciada en su discurso referente a las relaciones económicas con África, de marcado carácter fraternal. Los elementos espontáneos que se involucran no son necesariamente contribuyentes a la eficacia de este *soft power* planificado, sino que pueden también mermarla, como hace la mencionada disparidad de objetivos entre diferentes actores como las empresas privadas y el estado chino.

Al mismo tiempo, vistos los numerosos efectos negativos que la intervención económica china puede llegar a suponer, sobre todo en el caso de los acuerdos de infraestructura a cambio de recursos naturales, queda en tela de juicio la veracidad del discurso fraternal, que puede llegar a ser considerado bien como una estrategia de *marketing* propia de la creación de *soft power*, o como un plan con intenciones cooperativas con una serie de consecuencias negativas no previstas. Como dice Rawnsley (28-29): “también es posible proponer que esta implicación [en la asistencia al desarrollo africano] está motivada estratégicamente para salvaguardar los intereses chinos en África, con lo que sus motivaciones no son menos egoístas que las de las potencias occidentales”.

Con todo, el mismo autor llega a la conclusión de que “el *soft power* no es ni una proyección directa de un instrumento de poder con el fin de defender unos intereses específicos, ni una manera de promover unos fines emancipatorios, transformativos y altruistas” (29).

Tras estudiar la aparentemente interminable bibliografía que queda estancada en la dicotomía ‘oportunidad versus explotación’, llego a la misma conclusión de Rawnsley: el *soft power* chino no es, en sí mismo, necesariamente planificado o necesariamente espontáneo; las atribuciones que se le hacen, categorizándolo de calculador y extractivista o de altruista y honesto, revelan más sobre las tendencias de las narrativas con que se esfuerzan por encasillarlo en estas categorías contrarias que sobre las mismas prácticas chinas.

Observamos que la discusión dicotómica de la ‘oportunidad versus explotación’ invade por igual los círculos académicos y las percepciones de los sujetos, en este caso africanos, y que acaba repercutiendo en la misma efectividad de los instrumentos de *soft power*: los sujetos se dividen en dos grupos, la élite política y los civiles, y, de manera altamente generalizada, cada uno adopta uno de los discursos.

No obstante, estos discursos no se originan ni en el ámbito académico ni entre la población civil africana; ni siquiera en la élite política africana. El discurso de ‘oportunidad versus explotación’ no es más que el resultado del choque de dos potencias: el bloque Occidental y China. Mientras que el primero rescata el discurso de la ‘amenaza china’, desarrollado por primera vez en los años 60, y se apodera del término neocolonialismo para su *vendetta* contra China, que amenaza su hegemonía sobre el continente africano; el segundo aprovecha el discurso de la humillación postcolonial para crear una alianza fraternal con África que le permite acceder a sus mercados y a sus recursos naturales: la situación de este choque no es más que la de dos potencias con intereses y voluntades incompatibles. Así, se establece una comparación absurdista entre la crítica occidental al carácter “propagandístico” de los medios de comunicación chinos con la crítica de algunos académicos al discurso “orientalista” occidental. En definitiva, ambos discursos protegen los intereses de uno de estos dos bloques aparentemente antagónicos, y son visiones igualmente influenciadas por las ideologías base de los mismos. No en vano comenta Kurlantzick sobre la relación directa entre el aumento del *soft power* de China y el decrecimiento del de EE.UU. (Ctd. en Hunter 4).

La enorme cantidad de estudiosos que caen presa de esta trampa dicotómica, negándose a amenazarla o plantear una investigación desde el punto de vista contrario; en que se empeñan, en palabras de Hess y Aidoo (xvi), en "... señalar los aspectos más explotadores de la intervención china ... [o] enfatizar las oportunidades que ofrece", es francamente extraordinaria. Se podría achacar este fenómeno a lo que Grosfoguel (22) denomina el 'cuerpo-política del conocimiento', es decir, a la inevitabilidad del posicionamiento de un individuo en las estructuras de poder, o, en este caso o si se prefiere, en un lado de un conflicto.

Esto no significa que cada estudioso esté necesariamente en consonancia con la narrativa prevalente en el lado del conflicto del que es originario. Comparando con las denuncias de Hess y Aidoo o de Madrid-Morales de la tendencia a homogeneizar tanto al continente africano como a los diferentes actores del *soft power* chino, es necesario señalar que Occidente tampoco es un bloque, a pesar de que se le trate como tal incluso desde la narrativa china y la africana. Al contrario, dentro del grupo de los académicos occidentales se establece de nuevo una división interna, entre aquellos que recurren al discurso anti-chino y aquellos que, conscientes de la tendencia orientalista occidental de deslegitimar los intereses chinos mientras legitiman los occidentales, critican la narrativa de los anteriores, tratando de posicionarse en un punto objetivo. Grosfoguel, sin embargo, lo considera una tarea imposible: "el hecho de que se esté ubicado socialmente en el lado oprimido de las relaciones de poder, no significa automáticamente que se está pensando epistémicamente desde una posición epistémica subalterna ... la neutralidad y objetividad descorporadas y deslocalizadas de la ego-política del conocimiento es un mito occidental" (22).

El discurso occidental académico tiene, por lo general, una problemática añadida: se podría concluir que la lucha de estas potencias que se criminalizan mutuamente con acusaciones de colonialismo pone de manifiesto un pensamiento paternalista en que se asume que África no tiene potestad para salvaguardar su propio bienestar y escoger por si mismas con qué naciones quiere construir sus propias relaciones geopolíticas. Se le perfila en estas narrativas como un continente recipiente de intereses ajenos, desamparado y atrasado, perpetuando el mito del 'continente sin esperanza'. Este pensamiento se evidencia por ejemplo en la asombrosa y preocupante baja densidad de citas a académicos africanos en la materia, a pesar de que son los más indicados para hacer estudios de campo sobre el recibimiento del *soft power* chino.

El futuro estudio de las relaciones sino-africanas ha de tratar de evitar encasillarse en la dicotomía ‘oportunidad versus explotación’, desafiando esta manera tradicional de investigar sobre la cuestión, y teniendo en cuenta los contextos históricos, culturales y políticos de forma crítica. Sobre todo, es crucial incluir fuentes situadas en la “posición epistémica subalterna”, es decir, investigaciones realizadas por académicos africanos, así como aumentar las investigaciones de índole cuantitativa para paliar la “carencia general de pruebas empíricas ... [que acompaña a] la predominancia de explicaciones centradas en la teoría” (Madrid-Morales 85), que pueden caer en la trampa de la radicalización de los discursos que oculta la aquiescencia sin comprobación.

Es precisamente por ello que mi propuesta de tesis doctoral es una revisión de la efectividad del *soft power* chino en África que combine las metodologías más acertadas que he observado en mi revisión bibliográfica: con una encuesta transnacional que incluya países de distintos contextos políticos, sujetos de niveles de educación y estratos sociales distintos y con preguntas de temática variada, que incluya una comparación con Occidente, con el fin de establecer un orden de eficacia de los distintos instrumentos planificados del *soft power* chino que he explorado en este Trabajo de Fin de Máster en combinación con distintos contextos sociopolíticos. Para ello sería altamente recomendable la colaboración con distintas universidades africanas.

## 6. Bibliografía

- Alves, Ana Cristina. “China's 'win-win' cooperation: unpacking the impact of infrastructure-for-resources deals in Africa”. *South African Journal of International Affairs*. 2013: 207-226. Web. 22 jun 2017 <<http://dx.doi.org/10.1080/10220461.2013.811337>>
- Banco Mundial. “Heavily Indebted Poor Country (HIPC) Initiative”. *The World Bank*. 10 oct 2016. Web. 23 ago 2017 <<http://www.worldbank.org/en/topic/debt/brief/hipc>>
- Cho, Young Nam, and Jong Ho Jeong. “China's Soft Power: Discussions, Resources, and Prospects.” *Asian Survey*. 2008: 453–472. Web. 25 jul 2017 <[http://library.aceondo.net/ebooks/HISTORY/China's\\_Soft\\_Power.pdf](http://library.aceondo.net/ebooks/HISTORY/China's_Soft_Power.pdf)>
- Díaz, F. “África made in China”. *Africaye*. 3 jun. 2015. Web. 09 ago. 2017 <<http://www.africaye.org/africa-made-in-china/>>
- Embassy of the People’s Republic of China in India. White Paper: China's Peaceful Development. *In.ChineseEmbassy*. Web. 21 jun 2017 <<http://in.chineseembassy.org/eng/zt/peaceful/t855717.htm>>
- Ethics Institute of South Africa. Africans’ perception of Chinese Business in Africa: A Survey. Pretoria: Ethics Institute of South Africa, 2014. *Tei.org.za*. Web. 31 ago 2017.  
<[http://www.tei.org.za/phocadownloadpap/Research\\_Reports/AfricanPerceptionSurveyChineseBusinessWEBSITEVERSION.pdf](http://www.tei.org.za/phocadownloadpap/Research_Reports/AfricanPerceptionSurveyChineseBusinessWEBSITEVERSION.pdf)>
- Fijalkowski, Lukasz. “China's ‘soft power’ in Africa?”. *Journal of Contemporary African Studies*. 2011: 223-232. Web. 24 jul 2017 <<http://dx.doi.org/10.1080/02589001.2011.555197>>
- Grosfoguel, Ramón. “La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales: transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global”. *Tabula Rasa*. 2006: 17-46. Web. 27 ago 2017. <<http://www.redalyc.org/html/396/39600402/>>
- Hess, Steven y Richard Aidoo. *Charting the Roots of Anti-Chinese Populism in Africa*. Londres: Springer International Publishing, 2015. Impreso.

- Hunter, Alan. "Soft Power: China on the Global Stage". *Chinese Journal of International Politics*. 1 jul 2009: 373-398. Web. 22 jun 2017 <<https://academic.oup.com/cjip/article-abstract/2/3/373/540618/Soft-Power-China-on-the-Global-Stage> >
- Ien Ang. "Together-in-difference: beyond diaspora, into hybridity". *Asian Studies Review*. 2003: 141-154. Web. 30 jun 2017 <[https://www.academia.edu/4898156/Together\\_in\\_difference\\_beyond\\_diaspora\\_into\\_hybridity](https://www.academia.edu/4898156/Together_in_difference_beyond_diaspora_into_hybridity)>
- JBIC London Office. "Commodity-backed Finance in Sub-Saharan Africa". *Indepth Reporters*. Oct 2006. Web. 8 ago 2017 <[http://indepth-reporters.com/sites/default/files/pdf/JBIC\\_Com\\_Fin\\_Report.pdf](http://indepth-reporters.com/sites/default/files/pdf/JBIC_Com_Fin_Report.pdf) >
- Jijun, Ran. *Evolving Media Interactions between China and Africa. China's Media and Soft Power in Africa: Promotion and Perceptions*. Nueva York: Palgrave Mcmillan, 2016. 47-61. Impreso.
- Johanson, Daniel. "China's Soft Power in Sudan: Increasing Activity but How Effective?" *China's Media and Soft Power in Africa: Promotion and Perceptions*. Nueva York: Palgrave Mcmillan, 2016. 181-192. Impreso.
- Kurlantzick, Joshua. *Charm Offensive: How China's Soft Power is Transforming the World*. New Haven: Yale University Press, 2007. Impreso.
- Large, Dan. "Beyond 'Dragon in the Bush': The Study of China-Africa Relations". *African Affairs*. 2008: 107-426. Web. 05 jul 2017 <[https://oup.silverchair-cdn.com/oup/backfile/Content\\_public/Journal/afraf/107/426/10.1093/afraf/adm069/2/adm069.pdf?Expires=1499363551&Signature=QDDK~dd-V5XZHwb0ygpZP~uBk4vIP4YUqWxcj8NHUpWCR0nb7K1efDILnHgoIJsVIAXhjqXm3SNBwMLmuxXXNTHxwAXGwE9wSqkl115eITqroktF~axS4nONN~60BTY3WW68hed92ik28JC1iSG-VeZaAaOiakI7yoSh8diU5PfUfJ9P439G4Xq7im~iMHTipwFTfzRhuTRjOM8CLUE9ZIFR-9zitxoASilbhEGYyHzLh-g6-Cx1S5SQhzNkHaswl~NwMmgeIryj0Zqyq9VKnulbH78dhJE7RGYg76P~q7bQ9VNNaQYaxGZTzR0v35-BPGUD4izcAC5bcyOGcQFQQ\\_\\_&Key-Pair-Id=APKAIUCZBIA4LVPVW3Q](https://oup.silverchair-cdn.com/oup/backfile/Content_public/Journal/afraf/107/426/10.1093/afraf/adm069/2/adm069.pdf?Expires=1499363551&Signature=QDDK~dd-V5XZHwb0ygpZP~uBk4vIP4YUqWxcj8NHUpWCR0nb7K1efDILnHgoIJsVIAXhjqXm3SNBwMLmuxXXNTHxwAXGwE9wSqkl115eITqroktF~axS4nONN~60BTY3WW68hed92ik28JC1iSG-VeZaAaOiakI7yoSh8diU5PfUfJ9P439G4Xq7im~iMHTipwFTfzRhuTRjOM8CLUE9ZIFR-9zitxoASilbhEGYyHzLh-g6-Cx1S5SQhzNkHaswl~NwMmgeIryj0Zqyq9VKnulbH78dhJE7RGYg76P~q7bQ9VNNaQYaxGZTzR0v35-BPGUD4izcAC5bcyOGcQFQQ__&Key-Pair-Id=APKAIUCZBIA4LVPVW3Q)>

- Madrid-Morales, Daniel. “Why Are Chinese Media in Africa? Evidence from Three Decades of Xinhua’s News Coverage of Africa”. *China's Media and Soft Power In Africa: Promotion and Perceptions*. Nueva York: Palgrave Mcmillan, 2016. 79-92.
- Mo Ibrahim Foundation. *A Decade of African Governance 2006-2015: 2016 Ibrahim Index Report Of African Governance*. 2016. Web. 23 ago 2017 <[http://s.mo.ibrahim.foundation/u/2016/10/01184917/2016-Index-Report.pdf?\\_ga=1.65389997.2000251906.1474899830](http://s.mo.ibrahim.foundation/u/2016/10/01184917/2016-Index-Report.pdf?_ga=1.65389997.2000251906.1474899830)>
- Nye, Joseph S. “Get Smart: Combining Hard and Soft Power.” *Foreign Affairs*. 2009: 160–163. Web. 12 jul 2017 <[www.jstor.org/stable/20699631](http://www.jstor.org/stable/20699631)>
- OECD. “Official development assistance – definition and coverage.” Organization for Economic Co-operation and Development. 2017. Web. 05 ago 2017 <<http://www.oecd.org/dac/stats/officialdevelopmentassistancedefinitionandcoverage.htm>>
- Padraig, Carmody. “Competing Hegemons? Chinese versus American Geo-Economic Strategies in Africa”. *Political Geography*. 2007: 504-524. Web. 15 ago 2017 <[http://lib.dr.iastate.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1010&context=community\\_planning\\_pubs&sei-redir=1&referer=https%3A%2F%2Fscholar.google.es%2Fscholar%3Fhl%3Des%26q%3DCompeting%2BHegemons%253F%2BChinese%2Bversus%2BAmerican%2BGeo-Economic%2BStrategies%2Bin%2BAfrica%26btnG%3D%26lr%3D#search=%22Competing%20Hegemons%3F%20Chinese%20versus%20American%20Geo-Economic%20Strategies%20Africa%22](http://lib.dr.iastate.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1010&context=community_planning_pubs&sei-redir=1&referer=https%3A%2F%2Fscholar.google.es%2Fscholar%3Fhl%3Des%26q%3DCompeting%2BHegemons%253F%2BChinese%2Bversus%2BAmerican%2BGeo-Economic%2BStrategies%2Bin%2BAfrica%26btnG%3D%26lr%3D#search=%22Competing%20Hegemons%3F%20Chinese%20versus%20American%20Geo-Economic%20Strategies%20Africa%22)>
- Ramo, Joshua Cooper. *The Beijing Consensus*. The Foreign Policy Centre. 2004. Web. 28 jun 2017 <<http://www.xuanju.org/uploadfile/200909/20090918021638239.pdf>>
- Rawnsley, Gary D. “Reflections of a Soft Power Agnostic”. *China's Media and Soft Power In Africa: Promotion and Perceptions*. Nueva York: Palgrave Mcmillan, 2016. 19-32. Impreso.

- Reporteros Sin Fronteras. Clasificación Mundial 2017. *Rsf-es*. 26 abr 2017. Web. 20 jul 2017 <<http://www.rsf-es.org/grandes-citas/clasificacion-por-paises/>>
- Ronning, Helge. How much soft power does China have in Africa? *China's Media and Soft Power in Africa: Promotion and Perceptions*. Nueva York: Palgrave Mcmillan, 2016. 65-67. Impreso.
- Shambaugh, David. "China's Soft Power Push: The Search for Respect". *Foreign Affairs*. Jul/ago 2015. Web. 27 ago 2017 <<https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2015-06-16/china-s-soft-power-push>>
- Skjerdal, Terje y Fufa Gusu. "Positive Portrayal of Sino-African Relations in the Ethiopian Press". *China's Media and Soft Power in Africa: Promotion and Perceptions*. Nueva York: Palgrave Mcmillan, 2016. 149-161. Impreso.
- Taylor, Ian. "China's foreign policy towards Africa in the 1990s". *The Journal of Modern African Studies*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998. 443-460. Impreso.
- Wasserman, Herman. "Chinese Soft Power in Africa: Findings, Perspectives, and More Questions". *China's Media and Soft Power in Africa: Promotion and Perceptions*. Nueva York: Palgrave Mcmillan, 2016. 195-203. Impreso.
- Wasserman, Herman. Chinese Soft Power in Africa: Findings, perspectives, and more questions. *China's Media and Soft Power in Africa: Promotion and Perceptions*. Nueva York: Palgrave Mcmillan, 2016. 195-203. Impreso.
- Watanabe, Yasushi y David L McConnell. *Soft Power Superpowers*. Londres: Routledge, 2015. Impreso.
- Zhang Yanqiu y Simon Matingwina. Constructive Journalism: A New Journalistic Paradigm of Chinese Medi in Africa. *China's Media and Soft Power in Africa: Promotion and Perceptions*. Nueva York: Palgrave Mcmillan, 2016. 93-105. Impreso.
- Zhe Ren. "The Confucius Institutes and China's Soft Power". *IDE Discussion Paper*. 1 mar 2012. Web. 03 jul 2017 <<https://ideas.repec.org/p/jet/dpaper/dpaper330.html#cites>>